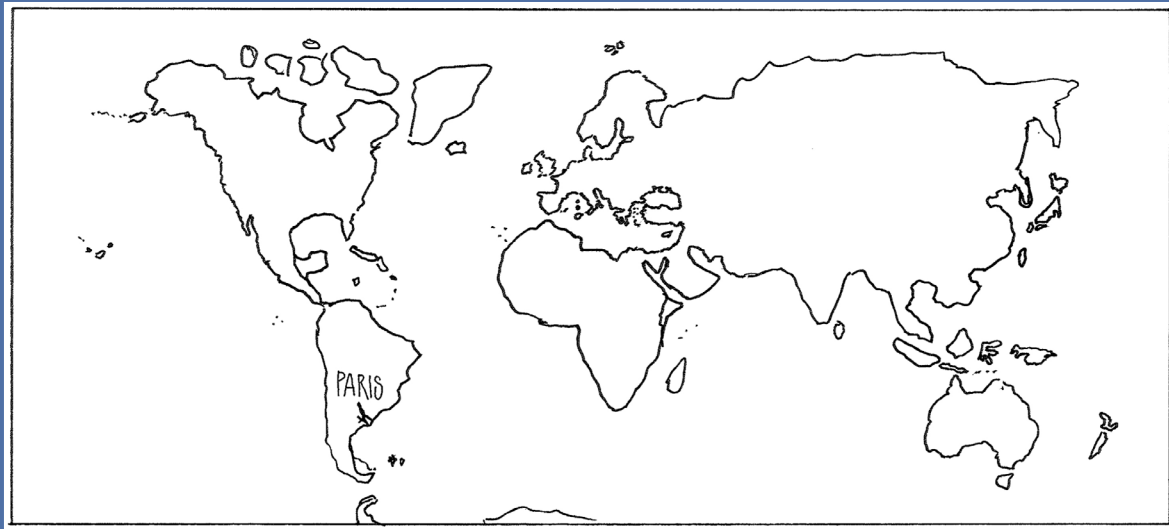


#12

LOS DISCURSOS DE LA CRÍTICA LITERARIA ARGENTINA Y LA TEORÍA LITERARIA FRANCESA (1953- 1978)¹

Max Hidalgo Nácher
Universitat de Barcelona



Resumen || El pensamiento crítico francés de después de la II Guerra Mundial fue uno de los núcleos fundamentales de renovación del pensamiento literario en el ámbito hispanoamericano en la década de los sesenta y de los setenta. El artículo aborda a partir de un escrito de Nicolás Rosa y del concepto de discurso de Foucault la recepción de esa teoría en Argentina en su doble dimensión política y epistemológica, incidiendo en los usos críticos de esa tradición y en el carácter colectivo de una empresa de problematización de la literatura en relación al resto de prácticas y discursos.

Palabras clave || Teoría literaria | Crítica argentina | Historia intelectual | Nicolás Rosa | Estructuralismo

Abstract || Post-World War II French critical theory was a key pivot-point in the renovation of Hispanic American literary thought during the 1960s and 1970s. Starting from a text by Nicolás Rosa and Foucault's concept of discourse, the article addresses the reception of said theory in Argentina, both in its political and epistemological dimensions, with a particular emphasis on the critical uses of that tradition, and the collective nature of the problematization of literature in relation to other practices and discourses.

Keywords || Literary Theory | Argentinian Criticism | Intellectual History | Nicolás Rosa | Structuralism

Los discursos modelan los límites de lo pensable. Y acaso sea esa liminaridad la que ha hecho alzarse tradicionalmente tantas resistencias contra el reconocimiento de su consistencia y la delimitación de su estatuto. Cuando Michel Foucault se propuso escribir en *Les mots et les choses* (1966) una historia del saber que rompiera con la antigua historia de las ideas, hubo de recurrir al concepto operativo de *discontinuidad* para señalar el funcionamiento interno de las *epistemes* que en su libro describía. Ahora bien, su descripción arqueológica podía hacer creer al lector apresurado que esos órdenes de inteligibilidad se sucedían a lo largo de la historia los unos a los otros misteriosamente, como por arte de magia, cuando otro nivel de análisis hubiera mostrado que los discursos, que establecen los límites de lo pensable, se encabalgan en el presente como estratos geológicos y se sostienen y transforman en su uso. Pero Foucault había renunciado a concebir el cambio sobre un fondo de continuidad —tal como solía hacerse por entonces al referirse a la historia de las mentalidades, a la evolución de las ciencias o a los meandros de la tradición—, resistiéndose a introducir en su estudio cualquier idea de totalidad sustantiva que, trascendiendo su objeto, confiriera continuidad a esa historia que precisamente se trataba de desplegar. Su libro parecía observar la cultura con los ojos del que analiza un fósil y, al hacerlo, podía parecer que esas *epistemes* de las que hablaba eran la bóveda secreta de la historia cuando, en realidad, su trabajo describía unos pocos cortes en la serie histórica de un nuevo objeto del saber: el discurso.

El propio Foucault reaccionaría muy pronto ante este problema señalando, como se aprecia en *L'archéologie du savoir* (1969), el estatuto práctico del discurso. El reconocimiento de la existencia de prácticas discursivas permitía volver a conectar el discurso con el resto de prácticas y dispositivos sociales, sin por ello diluirlo, posibilitando un estudio de las prácticas discursivas —entendidas como actos— anclado en los diferentes contextos de producción.

Ahora bien, ¿qué relaciones establece la crítica literaria con eso a lo que Foucault aludía con el concepto de «discurso»? Situada en la linde y el entrecruzamiento de diversos campos de fuerzas que luchan por imponerse los unos a los otros, y en tanto que no acepte doblegarse a ilustrar un saber previo, la potencia de la crítica literaria va íntimamente ligada a su falta de autoridad. Modernamente, la crítica sólo recibe su autoridad por delegación; pero, al mismo tiempo, y desde esa ilegitimidad radical, puede establecer un trato íntimo con la literatura en el que, como escribía Alberto Giordano, se pone en juego «un conocimiento dispuesto a perderse antes de perder el deseo de lo extraño que esa experiencia le transmitió en su origen» (1999: 12-13).

En este ensayo propongo un par de ejercicios complementarios:

NOTAS

1 | Este artículo es producto de una estancia de investigación, bajo la dirección de Adriana Astutti, en el Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria de la Universidad Nacional de Rosario entre los meses de junio y agosto de 2013. Agradezco a Adriana Astutti, Nora Catelli, Miguel Dalmaroni, José Luis de Diego, Germán García, Alberto Giordano, María Teresa Gramuglio, Noé Jitrik, Jorge Lafforgue, Judith Podlubne, Roberto Retamoso, Juan B. Ritvo, Oscar Traversa, Vicenç Tuset y Miguel Vitagliano, quienes aceptaron ser entrevistados, su generosidad a la hora de responder a mis preguntas y las facilidades que me ofrecieron para emprender esta investigación.

en primer lugar, dejar apuntada la relación que sostiene una región de la crítica literaria argentina con su propio discurso; y, en segundo lugar y a través de esa primera problemática, trazar un panorama histórico de la crítica literaria argentina y señalar sus transformaciones desde la fundación de la revista *Contorno* en 1953 hasta el surgimiento de la revista *Punto de vista* en 1978 en relación al pensamiento literario francés. Ese corte cronológico, marcado por fenómenos estrictamente críticos (en 1977 publicaba su último número una revista hoy de sobra conocida desde su reedición facsimilar en 2011, pero apenas leída y difundida en su momento: *Literal*), hará visibles los discursos (entendidos como espacios de inteligibilidad que definen las posibilidades y límites de lo pensable en una situación enunciativa dada), sus transformaciones y el trabajo discursivo llevado a cabo por ciertos grupos, revistas y autores, que contribuirán a su desplazamiento.

La historia de la recepción del pensamiento crítico francés de después de la II Guerra Mundial en los diversos campos hispanoamericanos está en gran medida todavía por escribir y, sobre todo, por ser leída en función de sus concordancias y divergencias específicas. Lejos de descubrirse en ella un proceso mecánico de influencia, en los tres ámbitos privilegiados (España, México, Argentina) se detectan toda una serie de apropiaciones, interpretaciones y modulaciones respecto a la propia tradición que transforman enormemente las polémicas del contexto de origen. La tensión específica que se produce entre el campo de origen y el campo de recepción pasa, entre otros motivos, por el hecho de que los debates teóricos y las polémicas epistemológicas del campo francés serán en gran parte olvidados en los contextos de recepción. Este artículo, teniendo en el horizonte estas problemáticas, se plantea así como una contribución a una historia intelectual de la teoría literaria, en la cual no puede rehuirse el problema de la circulación internacional de los discursos y, por lo tanto, de sus usos y apropiaciones. La teoría literaria que desde hace algunas décadas comenzó a informar los discursos de la crítica fue recibida, en gran medida y salvo excepciones, a través de la irradiación francesa. Como han señalado críticamente autores como Emil Volek, la lectura de los formalistas rusos y del estructuralismo de Praga ha venido filtrada por la recepción y los usos franceses de esa tradición², hasta el punto que puede decirse que la teoría literaria y, tras ella, la teoría en tanto que discurso, surgió en Francia en algún momento de los años sesenta en torno al núcleo duro del estructuralismo³. En tanto que nosotros formamos parte de esa historia, y en tanto que de aquella crisis surgieron algunas de las modalidades críticas de nuestra contemporaneidad, acaso estos estudios puedan darnos elementos para pensar algunos de los retos y los puntos ciegos de nuestro propio presente.

NOTAS

2 | Así, Volek –sumamente crítico con la lectura y transmisión que hizo Jakobson de esa tradición– tradujo directamente del original algunos textos de los formalistas rusos y del círculo de Bajtín para ofrecerlos al público castellano sin la mediación (y los errores) franceses. Escribe Volek en su introducción al volumen: «Semejante a los años veinte, los sesenta fueron un período de fermentación febril: aparecían movimientos, contra y post-movimientos, en una rápida sucesión. Estos movimientos por su parte canibalizaron en gran medida las manifestaciones vanguardistas, formalistas y postformalistas de los años veinte» (1992: 17).

3 | Para una historia contrastada de esta problemática, puede consultarse Milner (2008).

1. Los discursos de la crítica

¿Sería posible cartografiar, siquiera en sus líneas fundamentales, la crítica argentina del período? En 1981, y en un momento clave, uno de los principales protagonistas de la renovación de la misma, Nicolás Rosa, se permitía trazar en una treintena de líneas un mapa general de la crítica literaria argentina entre 1940 y su propio presente. Su relato incluía «una ruptura fundamental» del discurso crítico —que el autor databa, sin embargo, con un acontecimiento político: la caída de Perón en 1955—: aquella abierta por la crítica sociológica (marxista o sartreana) tanto en el seno del positivismo historicista como de la estilística. Desde ese momento, dicho discurso bascularía «entre dos posturas, el método sociológico y el inmanentismo estético» sólo desestabilizado, según Rosa, «por la brusca renovación del psicoanálisis» (1987a: 81-82), que introduciría una tercera línea de problematización de lo literario. El autor pretendía, en apenas quince páginas, establecer los límites del discurso crítico de toda una época; límites a través de los cuales se construiría —como quería Roland Barthes— lo inteligible de un tiempo⁴. Rosa era tajante respecto a la pertinencia de construir este mapa de la crítica —que iba acompañada de textos críticos del período⁵—, a partir del cual sería posible comenzar a preguntarse por su combinatoria específica: «Estos puntos extremos y las propuestas más coherentes y homogéneas que se encuentran entre ambos, forman el panorama de la crítica literaria contemporánea desde 1940 hasta la actualidad» (Rosa, 1987a: 81-82).

¿Sería posible reducir la inventiva crítica al espacio acotado por esos «puntos extremos» y a sus combinatorias específicas? El intersticio abierto por la renovación psicoanalítica —que, de ese modo, aparecía como vanguardia de la crítica— tendía a ocultar, sin embargo, un discurso que, en el panorama de Rosa, brillaba por su ausencia. Pues ¿dónde quedaría, en esta distribución de los discursos, el estructuralismo? En su plano, se limitaba a ser una variante de «una estilística formalista y dessemantizada» (81) que acaso en ciertos casos excepcionales, como el de Ana María Barrenechea⁶, «acaba en una valiosa integración de los análisis propuestos por la semiología literaria y sobre todo por la lingüística textual» (Rosa, 1987a: 83). Ello se debe a la particular recepción académica del estructuralismo en la Argentina, donde —lo mismo que en España— vendrá filtrada en un primer momento por el tamiz de la estilística⁷. Según la lectura de Vicenç Tuset, «el efecto obturador de esa apropiación habría retrasado los desarrollos del estructuralismo» (Tuset, 2012: sin pp.; 2013). Esa lectura estilística, que asimila el estructuralismo a una taxonomía, no reconoce lo que en efecto lo separa del viejo positivismo al instaurar una ruptura epistemológica que rompe con la clásica oposición entre ciencias

NOTAS

4 | «La critique n'est pas un "hommage" à la vérité du passé, ou à la vérité de "l'autre", elle est construction de l'intelligible de notre temps» (Barthes, 1963: 507).

5 | El escrito de Rosa era originariamente una introducción a los volúmenes 113 y 114 de la serie *Capítulo*, dedicados a la crítica argentina.

6 | Ana Barrenechea se formó en el Instituto de filología de la Universidad de Buenos Aires bajo el magisterio de Amado Alonso y de Raimundo Lida. «Amado Alonso nos introdujo en los métodos de la estilística según la escuela alemana, replanteados por su capacidad creadora y sin los excesos psicologistas que por momentos afectaron a Spitzer. También nos formó en su concepto del lenguaje que atendía a la noción de sistema, base del estructuralismo posterior», escribe Barrenechea en respuesta a la encuesta de Sarlo y Altamirano de 1981 (nº 129: 46). Barrenechea publicará en 1957 *La expresión de la irrealidad en la obra de Borges* (México, El Colegio de México). Tras el libro condenatorio de Adolfo Prieto (*Borges y la nueva generación*, Buenos Aires, Letras Universitarias, 1954), Barrenechea abrió la posibilidad de una apreciación positiva de Borges en el nivel de la escritura. Ahora bien, como afirma Rosa, su lectura de Borges «termina por convertirse en una pura taxonomía clasificatoria a la manera de la retórica clásica» y «esta taxonomía de las formas (análisis de los procedimientos de estilo) y de los contenidos (los temas) mantiene en última instancia la distinción forma-fondo dualista, sustancialista, psicologista» (1987b: 270).

humanas y ciencias naturales⁸. Ese argumento epistemológico —y las consecuencias derivadas del mismo— comenzará a hacerse visible a partir de 1969 con la fundación de la revista *Los libros* y la publicación de artículos y reseñas críticas como las de José Sazbón (quien en 1976 publicará *Saussure y los fundamentos de la lingüística*, una selección de textos de Saussure con un nuevo estudio preliminar a partir del cual quiere darse a pensar esa diferencia que la lectura estilística omitía [Tuset, 2012]). De hecho, cabe decir que Rosa como autor —junto con Noé Jitrik, Oscar Masotta o Josefina Ludmer, por dar tan solo algunos nombres⁹— y *Los libros* como espacio serán en esos años algunos de los principales agentes de dicha transformación discursiva.

Con estas pocas prevenciones —y más allá de la exactitud de sus juicios y de su reivindicación del psicoanálisis como punta de lanza de la renovación teórica en un momento en el que precisamente *Punto de vista* se estaba desmarcando abiertamente de esos planteamientos—, esas líneas permiten *reconstruir los límites del discurso de una época*. Pensar la literatura entre 1940 y 1980 en Argentina era —y aquí hablamos de los discursos hegemónicos de la época— pensar en términos de una inmanencia autosuficiente o de una determinante trascendencia; frente a ellas y en estado emergente, despuntaban, aún de modo tentativo, «formas más nuevas pero todavía no suficientemente compactadas» (1987a: 82) que pugnaban por comunicar el adentro y el afuera del texto, esas dos dimensiones que exigían ser pensadas pero que no se dejaban pensar de ningún modo al mismo tiempo. La propia historización de esa problemática sitúa ya a Rosa en un tercer lugar todavía indeterminado —en el que tiene a bien incluirse junto a Josefina Ludmer, Jorge Rivera y Beatriz Sarlo— respecto a ambas posiciones.

Esa situación permite entender la pasión que, a principios de los setenta, pudieron despertar en Roberto Retamoso, entonces un joven alumno de veintitantos años, las clases de Rosa en la Universidad Nacional de Rosario:

Las tradiciones más importantes de la teoría literaria tenían que ver con el campo de la lingüística y la inmanencia del análisis textual o con la perspectiva de la crítica sociológica, de espíritu marxista, que tenía que ver con los abordajes contextuales, y que de algún modo llevaba a perder de vista la especificidad del texto. Entonces, Nicolás [Rosa] nos dio acceso a Kristeva, y al posestructuralismo en general, lo que representaba una perspectiva teórica que permitía vincular esas dos tradiciones. Visto esto epocalmente, fue muy impactante para nuestra generación: para nosotros fue algo próximo a una «revelación»¹⁰.

En las siguientes páginas nos interesará señalar algunas vías y momentos a través de los cuales se fue abriendo ese intervalo que hacía comunicar el adentro y el afuera del texto de modo

NOTAS

7 | La traducción del *Cours de linguistique générale* de Saussure por parte de Amado Alonso (Buenos Aires, Losada, 1945), y el prólogo que el autor le antepone, han podido ser vista, en este sentido, como «una maniobra de asimilación, desactivación de lo que el *Cours* pudiera tener de renovador» (Tuset, 2010: 2).

8 | José Luis Pardo ha descrito esta transformación de manera sucinta, y con precisión (2001).

9 | Rosa, con su clásica inmodestia, aparece citado en el texto en tercera persona, en la página 89, donde se refiere a su —antiguo, lejano— estudio sobre David Viñas publicado en 1970 en *Crítica y significación* como «el primer texto de la nueva crítica que inaugura coherentemente una metodología innovadora».

10 | Entrevista personal (Rosario, lunes 15 de julio del 2013). Puede consultarse también Retamoso (2007).

problemático. Pues esa juntura, que Rosa atribuye al psicoanálisis, ya quedaba apuntada en sus propios trabajos de principios de la década de los setenta, o en un libro como *Cien años de soledad, una interpretación* (1972), de Josefina Ludmer, el cual, si bien bebe del psicoanálisis, como Rosa reconoce, «no puede ser definido como crítica psicoanalítica» (1987a: 70). En esos escritos está en juego una transformación de la relación literaria y, por lo tanto, del papel que se atribuye a esta respecto a la articulación o imbricación entre el sujeto y lo social. Sólo desde ese momento en el que se pone de manifiesto una productividad específica de la escritura a partir de categorías como las de «trabajo» o «producción» empezará a poder afirmarse que el error de *Contorno* «no provenía de una concepción errónea de lo político sino de la ausencia de una concepción de lo literario» (Rosa, 2003a: 47). Al no existir una teoría del signo —al reproducir, incluso en las lecturas de Saussure, una teoría del lenguaje pre-saussureana y, en este mismo aspecto, pre-heideggeriana—, se hacía imposible reivindicar el valor político de la escritura más allá de su carácter instrumental de *medio* al servicio de un fin externo y anterior. Y la dicotomía se convertía rápidamente en aporía: «Sólo caben dos opciones: o se reniega del signo, que en una perspectiva revolucionaria puede “significar” política pero no “hacerla”, o se lo somete a una precisa actividad transformadora para dotarlo de una operatividad por fuera de su propio alcance que lo convierta en “otra cosa”» (48). La revista *Contorno* se oponía así a los planteamientos de *Sur* del mismo modo que la teoría sartreana del compromiso —justificada en la esencial transitividad del lenguaje que era medio de expresión, comunicación y desvelamiento (*prosa*) y en el desvío de una *poesía* no significativa¹¹— se oponía a la visión despolitizada del arte que podría encontrarse en Paul Valéry o en la *NRF* de antes de la II Guerra Mundial. Tanto en Francia como en Argentina esa oposición constituía un campo en el que —como pasa con las oposiciones— era posible encontrar una articulación común, gozne o problemática que revelaban que pertenecían a un mismo espacio discursivo.

1.1. El estatuto de la crítica, las dependencias teóricas y el problema de la mediación

En la conmocionada vida política que vivimos los argentinos desde hace algunas décadas plantearse problemas relativos a esa actividad más o menos mendicante que se denomina «crítica literaria» puede parecer extraño, evasivo o, por lo menos, arrogante. La política, en sus formas menos conversadas —por decirlo así—, llena el espacio mental, emotivo y aterrado de muchos argentinos, si no de todos, que contemplan cómo viejas y quizás desgastadas formas de la relación social se vienen abajo con un estrépito de clavos que cierran para siempre más de un féretro.
(Noé Jitrik, 1975: 8)

El ejercicio de la crítica del período será sumamente delicado. En un campo intelectual sacudido de forma violenta por los imperativos

NOTAS

11 | Estas reflexiones aparecen desplegadas por Jean-Paul Sartre en «Qu'est-ce qu'écrire?», el primer capítulo de *Qu'est-ce que la littérature?* (1948).

de la política, la crítica literaria tendrá muchas veces que convertirse en militante o pedir perdón por existir, tal como muestra la cita de Jitrik. Para entender en su especificidad las intervenciones críticas del período hay que complementar la problemática epistemológica recién abordada con una atención a la política. El campo intelectual argentino se verá absorbido en los sesenta y, sobre todo, en los setenta, por una ola de politización que tiende a limitar —cuando no a abolir— su autonomía. Las conclusiones de José Luis de Diego, referidas a los escritores, son también válidas para el ejercicio de la crítica del período:

Un escritor no necesariamente es un intelectual, un intelectual no necesariamente es un político, un político no necesariamente es un revolucionario. Si llegó a haber una simbiosis entre el primero y el último de los términos de la serie es porque los setentas se caracterizaron precisamente por una supresión casi total de las mediaciones entre el campo literario y el campo político. (2001: 25)

Esta equiparación, coronada tantas veces por el tópico de la dependencia, supondrá un difícil escollo opuesto por el espectro más politizado del campo a la renovación teórica. En ese sentido, como ha hecho notar Jorge Panesi, el campo intelectual argentino estará dominado desde finales de los sesenta hasta 1974 (1985: 171) por este discurso según el cual el colonialismo cultural — arma ideológica del imperialismo— sería un enemigo invisible que aspira a introducirse en los cuerpos para perpetuar la dependencia económica. Utilizado por el peronismo y el nacionalismo para rechazar la adopción de modelos y de formas de pensamiento extranjerizantes¹², el discurso de la dependencia funcionará como consigna de subordinación de la diversidad de prácticas sociales a un imperativo político que las resuelve y unifica. Incluso dentro de *Los libros*, uno de los principales órganos de renovación de la crítica, habrá una importante fracción populista, que conseguirá imponerse a partir de 1973, y en el n° 29, momento en el que el fundador de la revista, Héctor Schmucler, abandone el Consejo de Dirección, que pasará a estar integrado por Beatriz Sarlo, Ricardo Piglia y Carlos Altamirano. Germán García se desvinculará también de la revista en ese mismo momento para fundar *Literal*, revista que —en el momento de máxima politización del campo— quizás sea la que haya planteado la crítica más explícita a dicho imperativo político en textos como «No matar la palabra, no dejarse matar por ella» o «El matrimonio entre la utopía y el poder» (n° 1, noviembre de 1973)¹³.

La problemática de la dependencia y el discurso revolucionario que tiende a invocar funcionan por remisión a lo real y al pueblo —su epifanía— que, como recuerda Miguel Dalmaroni, es para el populismo «uno y bueno» (2004: 37). El intelectual —y el verdadero escritor en su versión *Literal*— sería alguien que, al separarse del pueblo y de la necesidad, se extraviaría, volviéndose sospechoso.

NOTAS

12 | Como muestra de esta actitud, puede citarse el argumento de Eduardo Romano contra las primeras obras de Noé Jitrik, en las que —por citar en algunos pasajes a Maurice Blanchot, un autor entonces completamente desconocido en la Argentina— percibe un «criterio de confrontación del producto nacional con el modelo extranjero regulador», el cual «se verificaba al mismo tiempo que los sectores oligárquicos resumían, después de la caída de Perón, el esquema tradicional de nuestra economía agropecuaria exportadora de materias primas e importadora de productos manufacturados; en términos culturales, exportadora del *ser* nacional e importadora del *deber ser* universal falsamente unificador» (Romano, 1972: 16). Ese pensamiento se sostiene, como puede apreciarse en este pasaje, en la postulación de una relación cuasi-mecánica entre el ámbito cultural y el económico que identifica la mayoría de las veces pensamiento extranjero con colonialismo ideológico.

13 | En el primer texto se lee: «La literatura insiste en el lenguaje, en la *mediación* que la palabra instituye, afirmando la imposibilidad de lo real» (AA. VV., 2011: 6); «para cuestionar la realidad *en un texto* hay que empezar por eliminar la pre-potencia del referente, condición indispensable para que la potencia de la palabra se despliegue» (7); «una cierta *distancia de la letra siempre será recomendable*» (10). O esta acusación en el segundo texto: «Si una determinada concentración de poder está en condiciones de inscribirse en el presente una utopía cívico-cuartelera, meramente reconstitutiva de un ayer tan imaginario como la “potencia” que se proyecta en el futuro, es porque los mismos grupos que

Este dispositivo pretendía eliminar al máximo la mediación social en nombre de un principio totalizador y de un imperativo revolucionario. Y, en ese contexto, el crítico —en tanto que mediador— se volvía sospechoso, cuando no directamente prescindible.

Al interrogar esas relaciones con *lo otro* del pensamiento crítico argentino del período, preguntándonos por el vínculo entre la crítica literaria argentina y la teoría literaria francesa, ¿hasta qué punto y bajo qué condiciones sería lícito hablar de «dependencia»? Desde ese mismo contexto, el propio Rosa se ocupó de la cuestión, precisamente para problematizarla: «Si la dependencia cultural consiste en una transcripción de códigos culturales, esa copia nunca es directa y se produce como una relación discontinua entre el Modelo y su Copia donde aparecen variables y modificaciones en las dimensiones pertinentes» (2003b: 74). Así, Rosa proponía un principio metodológico que pasa por negar la preeminencia exclusiva de la *fuentes* para estudiar la especificidad de sus *usos* y *apropiaciones*. De ese modo, se trataría de renunciar a concebir esas relaciones de modo mecánico para interrogarnos por qué se alumbraba en esos usos y trasvases que aquí pretendemos tematizar. El cambio de visión, que no nos exime de conocer el funcionamiento autónomo de esos códigos culturales en su contexto de origen, implica un desplazamiento del énfasis en el estudio de los objetos, puesto que es «en la copia donde debemos leer las propiedades del modelo para verificar sus variaciones y su inscripción ideológica» (74)¹⁴.

El procedimiento de análisis propuesto por Rosa consiste, por lo tanto, en estudiar autónomamente la «copia» al tiempo que se liga con un «más allá» que funciona como modelo. El autor lleva a cabo este estudio con la revista *Sur*, de la cual afirma —y es tajante en este aspecto— que «representa en la historia de la literatura argentina una reposición ahistórica de las tendencias iluministas en cuanto se valora la Cultura como medio de la “ilustración” y se reconoce en el Espíritu la réplica de la Razón» (2003b: 75). El gesto de Rosa pasa, pues, por llevar a cabo un análisis discursivo que, no obstante, ponga al discurso en relación con algo que lo excede y en relación a lo cual cobra un valor específico. A esa dimensión en que los textos muestran su multiplicidad es a la que podemos llamar —en un sentido específico que se constituye como *a priori* de este tercer discurso crítico— historia¹⁵. En los años sesenta, tanto desde la semiótica como desde el psicoanálisis, se empezará a plantear en Argentina «la necesidad de un camino que *parta del mensaje* (y no de una presuposición sobre el código) para conocer cualquier rasgo de la organización significativa del discurso. Ese *partir del gesto* —del significativo siempre inicialmente resistente y opaco, a trabajar desde la teoría—» (Steimberg, 1999: 77), será el rasgo compartido por el análisis del «discurso del sujeto» (semiótica) y del «sujeto

NOTAS

podrían oponerse al proyecto se han mutilado con el cuento de la realidad, la eficacia y la táctica» (44).

14 | Esa problemática reaparece en muchos escritos de la época. Si la perspectiva de Rosa es en ese escrito puramente discursiva, Eliseo Verón se preguntará en 1973, desde una perspectiva sociológica, por la circulación social e internacional de los discursos (y, en su caso, del estructuralismo). Y, para ello, partirá de una constatación: las teorías disponibles no permiten hacerse una idea cabal de esas relaciones. Las nociones de *influencia* y de *difusión* no permiten dar cuenta de esos procesos, dado que «esta difusión no se produce de manera uniforme, como una transferencia lineal de una cultura a otra. Así entendida, la noción misma de “difusión” es engañosa y de hecho un tal proceso de difusión no existe» (Verón, 1974: 97-98).

15 | Esta imagen de la historia sería muy diferente a la decimonónica, habiendo renunciado a la voluntad de totalización: «El estudio de la historiografía del siglo pasado era el intento monumental de escribir toda la historia del mundo, o por lo menos de Occidente y del Cercano Oriente. Recuerdo mis lecturas adolescentes de Henri Seignobos o de Philippe Laurent, y más contemporáneamente la de Leopold von Ranke. Estos intentos tienen su reflejo en la literatura desde Honoré de Balzac, Romain Rolland, hasta *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust. Las historias comparatistas sólo son un reflejo no necesariamente causal de la filología comparada. Reunir a los especialistas más destacados dentro de una serie que intentaba la completud» (Rosa, 1999: 16).

del discurso» (psicoanálisis) que abría una brecha en los enfoques críticos tradicionales. En este nuevo discurso crítico, la historia se manifestaría como exceso en los textos críticos. El propio Rosa ilustrará esta idea ya en los años noventa al afirmar que «todo texto no se define por su lectura sino por su ilegibilidad, por su resistencia a ser leído» (1992: 83).

1.2. Usos críticos de la teoría

Este discurso de bárbaros y civilizados, de padres y de madres, de ascendencias y descendencias, de hijos y entenados, de mestizos, cuarterones y bastardos, este delirio de filiaciones y atribuciones es también un fantasma compartido entre la literatura y la crítica latinoamericanas (Rosa, 1992b: 27)

Sirenunciamos a hablar de dependencia pero no a pensar los discursos en relación a ese «más allá» que es su contexto de origen, parece que el concepto de «uso» podrá sernos de ayuda. Para entender, por ejemplo, el supuesto «eclecticismo» de *Contorno*. Horacio Crespo, volviéndose contra dicha calificación «peyorativa», señala que esta sólo es posible al precio de desconocer «los mecanismos de apropiación por parte de la intelectualidad latinoamericana de las elaboraciones teóricas efectuadas en los países centrales» (Crespo, 1999: 430). La historia intelectual argentina no puede entenderse sin ese juego específico que, poniéndola en el centro, la proyecta fantasmáticamente como periferia; y los usos de la teoría en Argentina serán eminentemente productivos (es decir, transformadores). Eso le permite decir a Susana Cella, escribiendo sobre un texto de Jitrik de los años sesenta, que «la adopción del término “escritura” con la remisión a Barthes no significa “aplicación” de una teoría, significa nombrar una referencia que induce a teorizar» (Cella, 1999: 53). Esto es algo por lo demás manifiesto en las obras de Masotta o de Rosa, quienes practican una constante reescritura de sus referentes. Masotta lo hace privilegiando el registro biográfico de un modo que lo vuelve inmediatamente polémico; Rosa, poniendo en marcha un movimiento de teorización que, partiendo de «modelos», los agrupa y reconstruye de manera creativa, volviéndose reflexivamente sobre sí y separándose de ellos en el justo momento en el que los pone en movimiento. Como señala en otro lugar la propia Cella, en Rosa habría una resistencia al mero uso instrumental de la teoría, una «negativa, constante en su práctica crítica, a todo aquello que pueda estar vinculado con la “aplicación” de tal o cual teoría a los textos literarios» (Cella, 1997: 13).

Hay una dimensión central en la práctica de gran parte de dicho sector de la crítica que no debería ser pasada por alto: su relación con la propia tradición literaria y su correlativa voluntad de intervención intelectual. Esa conciencia de la especificidad de la propia situación —que en Masotta alcanzaba a tematizar la determinación social del propio sujeto de la enunciación— será un motivo central de la

escritura de Rosa:

Si es posible importar saberes técnicos sobre los que apoyar la reflexión teórica, es imposible generar un discurso crítico fuera del entramado social donde se ejerce: la actividad crítica sólo podrá dar cuenta de los fenómenos literarios argentinos o americanos porque son los únicos objetos «adecuados» a esa reflexión, son los únicos que pueden engendrar una transferencia positiva, una reincidencia dialógica suficiente. Somos lectores de lo universal, pero sólo somos escritores de lo particular. (Rosa, 1987c: 12)

Algunos discípulos y compañeros de Rosa, como Roberto Retamoso y Miguel Vitagliano, siguen citando aprobatoriamente hoy en día esta última frase y reivindican esa actitud¹⁶.

Dan testimonio de esa relación crítica y de la consiguiente voluntad de intervención teórica las obras de Noé Jitrik (que escribe sobre Horacio Quiroga, José Hernández, Julio Cortázar, Esteban Echevarría, Roberto J. Payró, José Luis Borges o Macedonio Fernández), de Josefina Ludmer (sobre Gabriel García Márquez, Ernesto Sábato, Vicente Leñero, Juan Carlos Onetti o Manuel Puig) y del propio Rosa.

2. La teoría literaria en Argentina

À mesure que l'auteur atteint un public plus étendu, il le touche moins profondément. (Sartre, 1948: 294)

Las transformaciones de esa *escritura de lo particular* que es la crítica en Argentina irán ligadas en gran medida, a partir de la segunda mitad de los años sesenta, a la teoría literaria, a la que se accederá fundamentalmente a través de la irradiación del pensamiento crítico francés de después de la II Guerra Mundial, que hace a los críticos argentinos *lectores de lo universal*. Los referentes —difundidos a través de libros, revistas y *new magazines*— son claros; la pregunta pasa por inquirir qué *usos* hará de ellos la crítica argentina.

El compromiso sartreano y el estructuralismo, que supondrán en la Francia de después de la II Guerra Mundial una auténtica revolución tanto en la crítica de escritores (representada por la *Nouvelle revue française* de Jacques Rivière y Jean Paulhan) como en la académica (regida por los usos y costumbres de la Filología del siglo XIX), serán en Argentina motores de transformación de la crítica literaria y de la propia idea de literatura. Críticos como David Viñas, Adolfo Prieto, Oscar Masotta, Noé Jitrik, Nicolás Rosa o Josefina Ludmer romperán, en sucesivas oleadas, con el espacio discursivo de *Sur* —la cual presentaba, por lo demás, bastantes concomitancias estructurales con la *Nouvelle revue française*— para dar cabida a

NOTAS

16 | Roberto Retamoso: «Yo me identifiqué plenamente con esos principios que nos transmitió Nicolás: la teoría podía ser universal pero la crítica era siempre una crítica de lo singular; y lo singular, en nuestro caso, era lo argentino. Yo tenía lecturas de autores argentinos y me puse a trabajar mucho sobre los escritores de la primera vanguardia argentina —Borges, Oliverio Girondo, sobre el que hice mi tesis de doctorado—. Así, leía mucho a escritores argentinos y latinoamericanos, como César Vallejo; particularmente, los poetas de la vanguardia» (entrevista personal, Rosario, lunes 15 de julio del 2013). Miguel Vitagliano, refiriéndose a sus años de colaboración con Rosa: «Trabajábamos siempre con una de las frases de Nicolás, una idea que yo sigo planteando a mis alumnos: “Somos lectores de lo universal, pero escritores de lo particular”. Nosotros siempre trabajábamos con literatura argentina. Dábamos nuestras vueltas, pero siempre volvíamos a la literatura argentina» (entrevista personal, Buenos Aires, agosto 2013).

través de nuevas revistas como *Contorno* (1953-1959), *Los libros* (1969-1976) y *Literal* (1973-1977) a una concepción de la literatura íntimamente ligada a la política y, sin embargo, no homologable a ella. Las lecturas y traducciones de Jean-Paul Sartre y de Roland Barthes jugarán un papel fundamental en estos desplazamientos, así como —en un segundo momento— las de Jacques Lacan, Julia Kristeva y el grupo Tel quel.

En lo que sigue vamos a comparar las problemáticas críticas en Francia y Argentina a partir de los dos ejes que hemos privilegiado para nuestro estudio: el epistemológico y el político. Ese recorrido permitirá ver algunas de las especificidades de la teoría y la crítica literaria argentina del período, así como señalar algunos desplazamientos y transformaciones críticas en la circulación internacional de los discursos.

2.1. El problema epistemológico: entre la fenomenología y el estructuralismo

Hemos de partir de una primera constatación general: lo que en Francia —en un contexto de renovación impulsado en el seno de la propia universidad a través de la promoción de las ciencias humanas— era vivido como un conflicto epistemológico insoslayable que exigía una resolución teórica de un lado u otro de la disyuntiva, llegará a Argentina en la mayoría de los casos como una serie dispersa de aportaciones complementarias al servicio de la renovación de la crítica. En la Francia de principios de los años cincuenta sólo podía leerse a Lévi-Strauss desde *Les temps modernes* a condición de desconocer la radicalidad de su propuesta. En el momento en el que Sartre se vea obligado a leer al antropólogo en sus propios términos, se abrirá una auténtica querrela. Pues los conceptos, al ser trasladados de discurso, cambiarán de sentido, convirtiéndose en auténticos *monstruos teóricos* en los que se combinan, sin excesivos miramientos, elementos tomados de diferentes sistemas, engendrando una nueva unidad. Si pensamos que todo monstruo tiene una dimensión discursiva, aquí cabría preguntarse dónde reside verdaderamente lo monstruoso, si en el objeto o en el reflejo que una cierta configuración discursiva provoca en la retina del observador.

El funcionamiento de los discursos teóricos —y, concretamente, del «estructuralismo»— a un lado y otro del Atlántico respecto al problema de los fundamentos y de los presupuestos epistemológicos puede resumirse a partir de dos episodios. El primero implica a Lévi-Strauss, quien seguirá sosteniendo todavía en 1963 la imposibilidad de amalgamar estructuralismo y fenomenología ante la recurrente insistencia de Paul Ricœur, quien pretende convertir el estructuralismo en un *instrumento* que cobraría sentido en el

marco de una teoría fenomenológica¹⁷. Lévi-Strauss se opondrá enfáticamente a esa asimilación y, en una entrevista con la revista *Esprit* y el propio Ricœur, responderá ante una pregunta de este:

Ce que vous cherchez —et là je ne pense pas vous trahir parce que vous le dites et même vous le revendiquez—, c'est un *sens du sens*, un sens qui est par derrière le sens; tandis que, dans ma perspective, le sens n'est jamais un phénomène premier: le sens est toujours réductible. Autrement dit, derrière tout sens il y a un non-sens, et le contraire n'est pas vrai. (Lévi-Strauss, 1963 : 637)

Este (des)encuentro es una muestra más de la centralidad de los debates epistemológicos en Francia. Frente a ellos, en Argentina predominará —salvo en unos pocos casos, como el de Eliseo Verón, discípulo de Lévi-Strauss— un interés mucho más inmediato —y desprejuiciado— por la crítica. Es ilustrativa, a este respecto, la siguiente anécdota relatada por Noé Jitrik, y referida al Coloquio de Cérisy de 1978 sobre literatura latinoamericana¹⁸:

Participé en el encuentro, en el que decidí hablar de Lezama Lima. Y lo vinculé a Blanchot, a Auerbach y a algunas otras cosas. Cuando hablé, estaba en el público Todorov; y, cuando terminé, levantó la mano y dijo: «No entiendo cómo puede estar citando a tanta gente diversa y opuesta entre sí». A mí me dejó aterrado. Porque yo, efectivamente, había manejado a gente diversa... Pero lo que creo que no había apercibido era que yo lo que hacía era sacar de ellos lo que necesitaba. Yo dije: «Esto en América Latina es así. Nosotros manejamos una enorme cantidad de cosas disímiles entre sí, pero no entramos en esa polémica».¹⁹

En Francia las discusiones epistemológicas serán muy intensas desde el primer momento, toda vez que se haya despejado el malentendido de una temprana lectura existencial de Lévi-Strauss por parte de Simone de Beauvoir en *Les temps modernes*²⁰; en el campo intelectual argentino de los años sesenta, mucho más preocupado por cuestiones políticas que epistemológicas, el existencialismo sartreano y el estructuralismo de Lévi-Strauss convivirán en cambio sin demasiados problemas incluso dentro de la obra de un mismo autor.

Las múltiples amalgamas de los años sesenta se dejan ilustrar acudiendo a los textos de la época. Para hacerlo, recurriremos a continuación al trabajo de método llevado a cabo por Noé Jitrik a principios de los años sesenta, en el cual los métodos «estructuralistas» se injertan en una perspectiva idealista y, en un segundo momento, a la obra de Oscar Masotta y de Nicolás Rosa de esos mismos años. Esa cronología permitirá ver cómo, en realidad, esas transformaciones participaban de un trabajo eminentemente colectivo.

NOTAS

17 | Tras la publicación de *La pensée sauvage* de Lévi-Strauss, la revista *Esprit* —de título significativo, y en torno a la que se agrupan hermeneutas e intelectuales próximos al cristianismo— decidirá lanzar en 1963 un monográfico sobre «“La pensée sauvage” et le structuralisme» (nº 322, noviembre de 1963). Su objetivo es suscitar un debate en torno al estructuralismo y a un tema «qui devrait dominer pendant longtemps un secteur essentiel de notre époque: celui des sciences de l'homme, de leurs méthodes et de la contribution qu'elles estiment pouvoir apporter à la question posée depuis toujours par les philosophies sur *le sens de la présence humaine dans le monde*» (Ricœur, 1963: 546, el subrayado es mío).

18 | Las sesiones del coloquio se publicaron posteriormente (AA.VV.: 1980).

19 | Entrevista personal a Noé Jitrik (Buenos Aires, agosto de 2013). El crítico añadía: «Aquí no estamos afiliados a uno para deshacernos de otro. Estamos en esta circulación, que es la característica típica de transformación respecto a los modelos —digamos mejor informaciones— que nos llegan de otra parte. Eso es lo que creo que hay que percibir: si hay o no hay. Porque efectivamente hay repetidores. La cita es el tobogán para la repetición automática de autoridades. Pero el otro efecto es una transformación de una información que uno recibe, y que le da un carácter de otra índole. Eso marca un poco la peculiaridad de la cultura letrada latinoamericana. / Tenemos el caso de Borges. Decir que Borges imita o está modelado por el pensamiento... ¿de quién? ¿De Hobbes? ¿O de Berkeley, porque lo menciona? ¡Es terrible! En función de eso uno

2.2. El «estructuralismo» de los años sesenta (Jitrik, Masotta y Rosa)

En un trabajo eminentemente metodológico de 1962, Jitrik trataba de aislar los procedimientos narrativos de la novela para acceder a través de ellos a la conciencia del autor. Así, su estudio partía de la base de que «la lectura nos pone ciertamente en contacto con una tesis o un punto de vista que el autor, por mecanismos diversos, voluntarios o casuales, nos ha querido hacer llegar» (Jitrik, 1962: 9). De ese modo, en una transición teórica que sólo en los años setenta empezará a aparecer como problemática, de la técnica se pasaba al autor sin solución de continuidad pues —como escribía María Teresa Gramuglio en esos mismos sesenta— «en el universo novelístico hay una técnica, un artificio elegido detrás del cual está el autor, que en su modo de construir la representación del mundo imaginario propone también una forma de entender el mundo real» (Gramuglio, 1967: 15).

Aquí Jitrik todavía era heredero de una estilística idealista que no tenía inconveniente en converger con la perspectiva sartreana. «Lo trascendente de una novela, lo irreductible, no puede ser calibrado más que por la emoción creadora» (Jitrik, 1962: 139-140). El primado de la inefabilidad seguía rigiendo un método analítico que concebía la técnica de modo instrumental. Bajo el influjo del primado de una filosofía de la conciencia, Jitrik postulaba una continuidad unívoca entre conciencia y técnica narrativa. De ese modo, se había propuesto «buscar en los procedimientos narrativos los puntos de vista, las opiniones y las ideas del autor» (140). Y era en la conciencia del autor donde debía buscarse una totalización. El crítico tenía claro que la descripción formal de la obra no se bastaba a sí misma («el análisis de los procedimientos no alcanza a la obra como totalidad ni la toca» [125]) y que requería de una *totalización*. Tanto del lado del escritor («es posible también que para muchas novelas el procedimiento no sea lo decisivo como tampoco siquiera lo más importante») como del crítico («parece admitirse que el estudio del procedimiento narrativo, o sea de las formas del relato, ayuda parcialmente a desentrañar una obra y es tan sólo uno de entre los caminos que existen...» [126]), el uso y la descripción de la forma eran consideradas actividades secundarias.

La descripción de esos procedimientos suponía, así, un instrumento para la elaboración de una fenomenología de la literatura que se divide en dos partes: la escritura y la lectura. Jitrik señalaba cómo «el circuito demuestra ser perfecto y capaz de dar justificativos a la existencia de la literatura aunque se componga de dos soledades en cierto modo psicológicas a las que se agrega una tercera, tal vez metafísica, la de la obra misma que está ahí, pura existencia, esperando que el lector venga a ponerla en movimiento y a crearla»

NOTAS

puede decir que esa versión de que Borges es un escritor europeo es falsa. Borges es un típico producto de escritor latinoamericano, en el sentido de una transformación de una información que anda por ahí, que es vastísima y que explica otro tipo de fenómenos».

20 | *Les structures élémentaires de la parenté*, tesis de Lévi-Strauss defendida en 1948 y publicada en 1949, fue comentada en sendos artículos por Simone de Beauvoir (1949) y por Claude Lefort (1951). Dos escritores que, compartiendo a grandes rasgos una misma doctrina, sostendrían dos juicios críticos profundamente divergentes: el primero, elogioso; el segundo, sumamente crítico. Esa primera recepción señala la posición de dominación del pensamiento de Lévi-Strauss en el campo intelectual francés de la inmediata posguerra, momento en el que Simone de Beauvoir —en lo que constituye un «error» de lectura sintomático— podía elogiarlo por considerarlo afín al humanismo existencialista.

(127-128).

De ese modo, el crítico —que rechazaba separar forma y contenido— colocaba a la primera no obstante en una relación de subordinación respecto a la conciencia: «El procedimiento narrativo es, efectivamente, una forma pero lo es en un plano estructural, necesario, en el nivel de la conciencia creadora por así decirlo». La noción de «elección», que aparecía aquí explícitamente, remitía sin duda a la teoría de la escritura del Barthes de 1953. Esa era la «estrategia» —si pensamos que el recorrido de Jitrik está gobernado por sus elecciones conscientes— para desplazar el estudio de la literatura hacia el «plano de los riesgos sociales» (141). Dado que la forma y, con ella, «los procedimientos narrativos son objetos históricos», «esta manera de concebir lo formal [...] confirma las posibilidades de un análisis literario que se atreva a encontrar los puntos de contacto que indudablemente existen entre los elementos de la novela, la realidad exterior y los requerimientos tempo-culturales». A partir de ahí era posible formular el siguiente enunciado, que es clave en la argumentación del crítico y de su grupo: «De aquí se llega a la imagen de la obra literaria como un objeto que ocupa un lugar en el mundo de los objetos culturales» (142).

Con este libro y estas explicitaciones, Jitrik pretendía «introducimos en un ámbito o clima que haga lo más concreta posible la tarea de acordar un fenómeno literario con la realidad de la cual procede y sobre la cual quiere actuar» (143). Esta dialéctica de la obra con el autor y la realidad era fundamental en su planteamiento; y su idea, afirmaba el autor, «ha sido tomada de trabajos de Maurice Blanchot y Jean-Paul Sartre» (142), que en un tal acercamiento podían combinarse por entonces sin demasiados problemas.

El caso de Masotta es, en ese sentido, paradigmático de la fácil convivencia de sartrismo y estructuralismo en el campo intelectual argentino de los años sesenta. Rosa sostendrá esa igualdad en ese mismo período a través del concepto de *significación*, el cual remite tanto a la mediación social sartreana como a la mediación lingüística analizada por el estructuralismo en su libro *Crítica y significación* (1970). Sólo a partir de 1968, con la publicación de *Conciencia y estructura* de Masotta, empezarán a pensarse ambos elementos en términos de *disyuntiva* (una disyuntiva que, no obstante, todavía no es resuelta en el fragmento de «Roberto Arlt, yo mismo» que figura en la contraportada de la primera edición del libro²¹). Ahora bien, una vez fijados ambos términos, no podrá evitarse que a través de ellos acabe quebrándose esa unión.

Las propuestas de Masotta y de Rosa en los sesenta sólo podrán sostenerse desconociendo el diferendo que separa al estructuralismo

NOTAS

21 | «A la alternativa ¿o conciencia o estructura?, hay que contestar, pienso, optando por la estructura. Pero no es tan fácil, y es preciso al mismo tiempo no rescindir de la conciencia (esto es, del fundamento del acto moral y del compromiso político)» (Masotta, 2010: 238).

del existencialismo. La simple lectura del capítulo IX de *La pensée sauvage*, publicado en 1963 por Lévi-Strauss y traducido en México en 1964, haría sumamente problemáticas esas componendas. Esa diferencia se hace explícita en «Marx y Sartre» (pp. 13-14), un artículo de José Sazbón en el nº 3 de *Los libros* (septiembre de 1969). Ahí Sazbón —que reseña dos textos sobre Sartre— constata que este autor ha perdido la hegemonía que se le atribuía en el pasado: «¿“Situación” de la razón dialéctica? ¿No estamos retomando por nuestra cuenta los mismos términos del Sartre del 45, del 60? ¿Y no han sido barridos, acaso, sustituidos por los novísimos conceptos de *lugar* del saber, de *espacio* epistemológico?». Su conclusión es lapidaria: «El esfuerzo sartreano parece, pues, visto en perspectiva, inútil». Para sostener este enunciado, Sazbón se apoya precisamente —sin dar su referencia— en el escrito de Lévi-Strauss, citado de modo cuasi literal: «El fin último de las ciencias humanas no es constituir al hombre, sino disolverlo: la empresa de Sartre carecería de sentido» (13).

En este contexto argentino, y junto con Sazbón, es Eliseo Verón el encargado, en tanto que «académico puro», de marcar las distancias, tal como hará Lévi-Strauss en Francia: sus distancias *epistemológicas* respecto a Sartre y el existencialismo humanista; sus distancias *científicas* respecto del ensayismo y la metáfora barthesiana; sus distancias, nuevamente *epistemológicas*, respecto al intento de apropiación de su obra al servicio de una hermenéutica fenomenológica por parte de Ricœur. Verón, sin rehuir la confrontación pública, sitúa sin embargo el centro de sus trabajos de modo prioritario en un sistema universitario (Steimberg, 1999: 65) que, como él mismo señala, se ve siempre amenazado por las fuerzas externas que intentan —y la mayoría de las veces consiguen— imponérsele²².

2.3. Los dos estructuralismos: ciencia y *doxa* estructural

Los dos discursos hegemónicos de la crítica literaria en los años cincuenta eran la estilística y una sociología de corte marxista. Ambos presentaban, no obstante, un rasgo en común: partir de una filosofía de la conciencia. En ese contexto, las propuestas sartreanas se movían entre un sujeto pensado en clave fenomenológica y un pensamiento de la historia anclado en el marxismo. El «obstáculo epistemológico»²³ de la estilística, junto a la especial configuración política e institucional argentina, hará que el estructuralismo —y aquellos que son reconocidos públicamente como sus representantes— llegue al país con una configuración específica.

Es interesante comparar, en este sentido, las valoraciones de Eliseo Verón y de Adolfo Prieto respecto a la recepción del mismo. Verón distingue claramente dos momentos de penetración: desde 1959

NOTAS

22 | Así, para Verón, el problema más grave con el que se encontraba el estructuralismo en su vertiente propiamente científica en la Argentina era la precariedad de una práctica científica que o bien es «nula» o bien «se halla institucionalizada en un grado ínfimo» (Verón, 1974: 102).

Retomamos la expresión bachelardiana de José Sazbón, quien la aplica al caso de Saussure (Sazbón, 1985: 9).

23 | Retomamos la expresión bachelardiana de José Sazbón, quien la aplica al caso de Saussure (Sazbón, 1985: 9).

(fecha en la que la perspectiva de Lévi-Strauss es incluida como apartado final de la enseñanza de Gino Germani en Sociología Sistemática de la UBA un año antes de que se publique el primer texto de Lévi-Strauss en castellano en un *Cuaderno* del Instituto de Sociología de dicha universidad [Lévi-Strauss, 1960]) hasta 1966 (Verón, 1974: 103); y desde entonces hasta el momento de escritura del artículo (1973). En el primer período asistimos a una recepción estrictamente académica (y, por lo tanto, a lecturas controladas); ahora bien, a partir de 1966, «la influencia del estructuralismo en la Argentina se incorpora a otros mecanismos culturales, en general (con algunas excepciones) fuera de las instituciones oficiales de educación o investigación» en un momento en el que, además, gran parte del profesorado decidirá renunciar a sus cargos universitarios. Según Verón, «el momento más intenso de la “moda” estructuralista puede ubicarse alrededor de 1969», año en el que Lévi-Strauss concede una entrevista a *Primera Plana* que será anunciada en su portada (105)²⁴.

Cuando Prieto se refiere a «una apresurada apropiación de los supuestos del estructuralismo» (1989: 23) alude, de ese modo, a la *doxa* estructuralista del segundo período, vinculada a una difusión periodística del mismo. Ese factor, ligado a las rápidas transformaciones del circuito de la comunicación cultural, al *boom* y a nuevas publicaciones periódicas como la recién nombrada, harán que pueda identificarse a un crítico como Noé Jitrik como un estructuralista por haber vivido en Francia desde 1967 hasta 1970 y publicar en 1971 *El fuego de la especie*. «Cuando volví a la Argentina, me hicieron una patente de estructuralista, que era una patente ilegítima que nunca compré» (Jitrik, 1996: 33), afirma Jitrik en una entrevista ya en los noventa. Y, en 1982, en su respuesta a la *Encuesta* de Sarlo y Altamirano, dirá:

Siempre fui algo ecléctico; no veía ningún riesgo en leer a Blanchot y a Auerbach casi simultáneamente; algunas entonaciones de este último todavía me resuenan y me ayudan a pensar. Como muchos, me interesó vivamente la eficiencia estructuralista pero creo que ninguno de mis trabajos puede ser inscripto, honestamente, en el estructuralismo, seguramente por deficiencias mías; lo que más me interesó en este movimiento fueron ciertas imágenes de las que yo podía apropiarme y desarrollar por mi cuenta sin sentir que estaba pagando ningún tributo de tipo colonialista o algo similar. (1981: n° 146, 455)

Basta con leer sus libros de los sesenta para ver cómo, efectivamente, de ningún modo podía ser propiamente estructuralista alguien que en 1962 *todavía* reivindicaba que «por el camino del examen de los procedimientos de relato elegidos puede llegarse a penetrar la novela como obra literaria a través de uno de sus aspectos, el de las intenciones del autor» (Jitrik, 1962: 138) y que publicaba ya en 1971 *El fuego de la especie*, tal como podía ver —con un cierto alivio por

NOTAS

24 | La entrevista se publica en *Primera Plana*, año 7, n° 341, pp. 60-66, 1969.

su parte— Eduardo Romano en su reseña para *Los libros* (Romano, 1972: 16).

En ese lapso, sin embargo, se descubre la productividad específica de la crítica argentina del período. Y, más allá de los efectos de moda, la primera amalgama de estructuralismo y fenomenología en la crítica literaria se entiende al inquirir por la función que cumplían y el valor que tenían esos discursos en el campo intelectual argentino. Ambos discursos pudieron darse la mano en un primer momento porque se oponían tanto a la tradicional estilística como —la expresión es de Rosa— a un «sociologismo vulgar» (1987a: 81). Eso mismo, por cierto, pasó en Francia durante mucho tiempo con dos formaciones discursivas claramente diferenciadas: la heredera de las escrituras de Blanchot-Bataille y la estructuralista, armando un mismo frente de lucha contra la hegemonía del existencialismo desde mediados de los cincuenta. El momento en el que en Argentina sea posible discriminar sartrismo y estructuralismo supondrá, sin duda, un paso más allá en la transformación discursiva del campo. Pues si en Francia el objetivo de la crítica literaria no sartreana era liberar a la literatura del *compromiso* sartreano, en Argentina se tratará de liberarla en un primer momento del inmanentismo de la estilística.

La difícil recepción de Jorge Luis Borges por parte de la izquierda y sus posteriores relecturas pueden servirnos para entender un poco mejor, a través de un caso concreto especialmente significativo, algunas de las transformaciones de la crítica argentina. Su lectura estará partida, en un primer momento, entre una lectura «externa» y sociologizante y una lectura «interna» y estilizante. La concepción de la literatura que irá cobrando fuerza entonces en Francia y la teoría que acabará produciéndose a partir de ella serán puntos de referencia fundamentales para transformar el estatuto específico de la literatura en relación al resto de prácticas sociales.

La obra de Borges —señalando los límites y posibilidades del propio panorama crítico— no podrá ser leída por la crítica de izquierdas en su especificidad literaria hasta los años setenta. El primer libro dedicado a él será el de Adolfo Prieto (*Borges y la nueva generación*, Buenos Aires, Letras Universitarias, 1954), en el cual se le somete a una lectura sumamente crítica y abiertamente condenatoria. En nombre de un compromiso de tintes sartreanos, y en un libro publicado el mismo año en que *Contorno* homenajea en su número dos a Roberto Arlt, Borges aparecería como el representante de un mundo perimido que se debería destruir en nombre de la *historia*. Ana María Barrenechea, en cambio, lo leerá tres años después apelando a su *estilo* en *La expresión de la irrealidad en la obra de Borges* (México, El Colegio de México, 1957) para comenzar a apreciarlo. Ahora bien, Borges no podrá ser leído y apreciado por la izquierda hasta que la crítica consiga hacer comunicar de una manera no sociologista ni

sartreana la historia y la literatura. Noé Jitrik hará una aportación muy importante en este sentido con «Estructura y significado en *Ficciones* de Jorge Luis Borges», de la cual dirá Nicolás Rosa que es la única crítica «que ha puesto los datos en el camino justo eliminando, para elaborar su trabajo, el supuesto contenido metafísico de la obra de Borges» (20). Es precisamente en este artículo, titulado «Borges y la crítica»²⁵, que enseguida comentaremos, donde Rosa dará las condiciones para una lectura crítica de Borges, por parte de la izquierda, que no renuncie a la materialidad de su escritura. Así, Rosa acaba sosteniendo a propósito de Borges que «un texto no mantiene ya relaciones de manifestación o reflejo sino que es posible leerlo como una producción social, como un lenguaje particular en donde no habla un sujeto individual sino la combinatoria de un sujeto que se enuncia en las leyes de un sistema» (21). Estamos en 1972 y algo ha cambiado de modo radical en el horizonte epistemológico; algo que hace posible volverse sobre un autor de derechas para leer sus textos sin necesidad de remitir a su persona, y descubriendo en ellos, contra todo pronóstico, una veta potencialmente subversiva.

2.4. La cuestión política: Sartre, la revolución y el compromiso literario

La política habrá sido en la Argentina de los años sesenta, en expresión de Oscar Terán, la «región dadora de sentido de las diversas prácticas, incluida por cierto la teórica» (Terán, 1991: 15). Por mucho que pueda matizarse esta afirmación, la pregnancia de la política (y, a partir de un cierto momento, de *lo político*) es un eje fundamental para entender el panorama cultural argentino y, particularmente, el ejercicio de la crítica literaria. En relación a ello, tanto la sociología marxista como las teorías de Sartre en torno al compromiso, que empiezan a elaborarse a partir de la II Guerra Mundial y que encuentran su culminación en la «Déclaration» que abre *Les temps modernes* (1945) y en la publicación primero por entregas y posteriormente en libro de *Qu'est-ce que la littérature*, serán decisivas en la politización de la crítica literaria. Dos son básicamente las críticas que se han hecho a la recepción argentina del pensamiento sartreano en relación a la literatura: dogmatismo e inconsistencia teórica. La acusación de dogmatismo, que se dirige básicamente contra el grupo de *Contorno*, tiene uno de sus motivos destacados en la relación con la obra de Borges. Borges sería para los miembros de la revista —y especialmente para Adolfo Prieto, autor de *Borges y la nueva generación* (1954)— caso paradigmático de una literatura lúdica olvidada del hombre y de su historia. Como escribe Prieto —quien se presenta como portavoz de la juventud argentina del momento—, Borges, representante de una generación periclitada, «ofrece el caso singularísimo de un gran literato sin literatura; un hombre que pasó treinta años ejercitándose como escritor sin reservarse un poco de tiempo para preguntarse qué es

NOTAS

25 | Publicado en el n° 26 de *Los libros* en mayo de 1972 [pp. 19-21] y reeditado en 1987 en *Los fulgores del simulacro*.

escribir» (Lafforgue, 1999: 70). De ese modo, apoyándose en una lectura *sui generis* de Sartre, es presentado como «espejo al revés donde mirar lo que no se tiene que ser» (74).

La crítica, por lo demás, ha señalado la aparente discordancia de pareceres en Francia y en Argentina. Como escribiría Masotta en 1965,

Adolfo Prieto, basándose en Sartre, ha dicho que su poesía no era poesía, que sus ensayos no eran más que hojas o apuntes esporádicos. Todo basándose en Sartre y sugiriendo que el prestigio de Borges reenviaba a la mentalidad estéril de un grupo de exquisitos. Mientras todo esto ocurría dentro del libro de Prieto, Sartre conocía en Francia la obra de Borges y la hacía publicar en una revista que ha testimoniado lo suficiente sobre su modo de comprender el compromiso para ser tachada de exquisita. (Masotta, 1965: 47)

El caso es suficientemente conocido, y puede resumirse en las palabras de Daniel Link:

Se sabe que exactamente en el mismo momento en que Prieto declaraba la inutilidad de la literatura de Borges, su mentalidad estéril y su estética elitista, Sartre conocía en Francia la obra de Borges y la publicaba en *Les temps modernes*, como una literatura que podía recuperarse desde la izquierda. (Link, 1994: 28)²⁶

La actitud de Prieto —que es la de una generación crítica *de izquierdas*— supone así un análisis de los límites de la crítica argentina a partir del caso Borges. Rosa, volviendo sobre el caso, interpreta sintomáticamente la imposibilidad que ha tenido la izquierda para leer la especificidad de la escritura borgeana y, a través de ese límite, constata «un predominio del voluntarismo crítico que podría ser religado, en una primera instancia, a una concepción populista del fenómeno literario» (Rosa, 1987b: 259). Los límites de la crítica política se hacen evidentes ante «la imposibilidad de la crítica autotitulada de izquierda para describir el funcionamiento de una obra que aparece como “extraña” a nuestra historia cultural, la realidad de sus posibles significados y la posibilidad de ubicarla dentro de sus verdaderos parámetros». Con todo ello, constata que «la crítica de la izquierda nacional, de gran valor político [...], como trabajo crítico no opera una verdadera ruptura» (260). El precio que pagan los miembros de *Contorno* al hacer su sociología de la literatura pasa por desconocer «su elemento material y fundamental: la materia prima de la obra» (261).

La segunda crítica, que señala la inconsistencia de la teoría del compromiso literario, encuentra su refrendo en un cierto desfase cronológico, que nos permite matizar la afirmación recién citada de Link. Pues la asunción de la propuesta crítica sartreana llega precisamente en un momento en el que Sartre abandona dicha teoría al afirmar la falta de poder de la literatura en la sociedad del siglo XX.

NOTAS

26 | Habría que entender, sin embargo, que la publicación de Borges o de Beckett —por citar sólo un par de ejemplos— en *Les temps modernes* participaba de la voluntad omnicomprendiva de la revista, y no permitía leer a estos autores sino desde la categoría de la literatura del absurdo (Hidalgo Nácher, 2015).

Así, en el lapso de unos pocos años —los que van de 1939 a 1952— Sartre acabará colocando al escritor y a la literatura en una situación insostenible. Tras comprobar prácticamente la imposibilidad del *engagement* literario ya a principios de los años cincuenta, la literatura se convertirá para él en el lugar de la neurosis privada del escritor, tal como narrará en *Les mots* (1964), su autobiografía de escritor, en cuyas páginas finales se lee: «Longtemps j'ai pris ma plume pour une épée, à présent je connais notre impuissance. N'importe: je fais, je ferai des livres» (Sartre, 1962: 205). En ese transcurso, Sartre habrá pasado a ver la literatura como un problema privado, y todavía podremos verle en 1972 atrapado en una contradicción que condena exteriormente la escritura en tanto que institución burguesa:

Bien que j'aie toujours contesté la bourgeoisie, mes œuvres s'adressent à elle, dans son langage, et —au moins dans les plus anciennes— on y trouverait des éléments élitistes. Je me suis attaché, depuis dix-sept ans, à un ouvrage sur Flaubert qui ne saurait intéresser les ouvriers car il est écrit dans un style compliqué et certainement bourgeois. Aussi les deux premiers tomes de cet ouvrage ont été achetés et lus par des bourgeois réformistes, professeurs, étudiants, etc. Ce livre qui n'est pas écrit par le peuple ni pour lui résulte des réflexions faites par un philosophe bourgeois pendant une grande partie de sa vie. J'y suis lié. Deux tomes ont paru, le troisième est sous presse, je prépare le quatrième. J'y suis lié, cela veut dire : j'ai soixante-sept ans, j'y travaille depuis l'âge de 50 ans et j'y rêvais auparavant. Or, justement, cet ouvrage (en admettant qu'il apporte quelque chose) représente, dans sa nature même, une frustration du peuple. C'est lui qui me rattache aux lecteurs bourgeois. Par lui, je suis encore bourgeois et le demeurerai tant que je ne l'aurai pas achevé. Il existe donc une contradiction très particulière en moi : j'écris encore des livres pour la bourgeoisie et je me sens solidaire des travailleurs qui veulent la renverser. (1976 : 61-62)

Sartre —quien ve en la libertad la esencia de la verdad humana— piensa al escritor bajo el modelo del intelectual: de aquel trabajador que, habiendo conquistado su prestigio y su autonomía a través de la venta del producto de su trabajo, hace un uso consciente y responsable de su libertad al comprometerse con el destino político de sus contemporáneos. Este planteamiento, que a partir de propuestas específicas y ligadas al discurso de la dependencia será fundamental en Argentina, se verá muchas veces desbordado por unos proyectos políticos que, en nombre del pueblo y de la revolución, creen poder prescindir de los intelectuales²⁷. Eso colocará a muchos jóvenes estudiantes de los años sesenta y setenta ante una disyuntiva que los impele a ser fieles a la política o a la literatura. Serán las transformaciones de la teoría las que permitan, como señalaba el testimonio de Retamoso, una articulación inaudita entre ambos registros.

NOTAS

27 | «Este concepto-consigna, que llamaremos en adelante “discurso de la dependencia”, ocupó el lugar central en las discusiones críticas a fines de la década del sesenta hasta 1974. [...] El discurso crítico de la dependencia se muestra, triunfante el peronismo, confiado y optimista en la acción y la lucha. [...] La sensación de que el tejido social juzga prescindible la acción de los intelectuales desaparece y se instala otra sensación positiva: se marcha junto al pueblo para lograr en el futuro la liberación. [...] Ese discurso sostiene un principio ideológico fundamental: *el estrechamiento de las distancias*. Hacer crítica es hacer política» (Panési, 1985: 171 y 174).

2.5. Los imperativos de la vanguardia y las políticas de la literatura

En esos años asistimos a un trabajo de renovación continuada en la lectura de los textos y, a través de él, de la práctica crítica y teórica. Esta transformación afectará especialmente, en lo que nos atañe, a una relación irresuelta entre el «adentro» y el «afuera» del texto. Seguir el recorrido de autores como Jitrik, Masotta o Rosa es descubrir cómo van reconfigurándose y haciéndose más precisas esas relaciones en lo que hay que tomar como un trabajo colectivo en el que, a través de grupos de estudio y de revistas como *Los libros*, se introducen nuevas perspectivas teóricas que, a su vez, son puestas a prueba en el trato con los textos literarios actuales y con la propia tradición, así como criticadas por los pares, en un movimiento que lleva a la constante revisión de la práctica crítica²⁸.

Los libros, revista que se abría proponiendo «la creación de un espacio», surgió a partir del modelo de *La quinzaine littéraire*. Su objetivo, más que producir textos originales, era leer «un mes de publicaciones en Argentina y en el mundo». La portada —que se repetirá en negativo en los dos números siguientes— enfatizaba esta *relación de lectura*. Una mujer con botas y gabardina, con pendientes de bola, gafas y el pelo corto —en lo que suponía, sin duda, un *look* moderno— leía un pequeño libro. Lo leía de pie, con una pierna semiflexionada y con la cabeza inclinada sobre el libro que sostenía cómodamente entre las manos. Un hombre con traje y corbata, y con otro libro en la mano, parecía tratar de leer su lectura. La doble situación que estaba ahí en juego —pues la mujer aparecía reproducida cuatro veces— era la de la lectura íntima de la mujer (íntima pero desacralizada: el tamaño del libro, su vestimenta y todo su cuerpo lo indicaba) y el de la discusión y el intercambio de lecturas que se hacía posible porque —al ponerse en relación con el otro— esa lectura se convertía, al tiempo, en pública. Este gesto de «leer por encima del hombro», de sorprender la lectura del otro, era precisamente el que quería construirse. Ese era el «espacio» que se quería «crear». Un espacio en el que, a través de la materialidad de lo escrito —pues «los libros» no remitían a la sacralidad de la obra sino a la materialidad de lo escrito—, tendría que posibilitarse la crítica.

Y eso será precisamente lo que harán de modo activo los críticos literarios, leyéndose entre sí. Así, Josefina Ludmer presentará en su reseña *Crítica y significación* —un libro del que dirá Ricardo Piglia retrospectivamente «que era como un libro nuestro»²⁹— como una etapa más en el recorrido de la crítica: «El camino es trabajoso y quizás todos lo sembramos de errores, pero es el único, para la crítica argentina, que señala el punto de partida de una productividad real: *Crítica y significación* plantea (significa), tanto para Rosa como

NOTAS

28 | Los dos volúmenes de *Nueva novela latinoamericana* editados por Jorge Lafforgue (Buenos Aires, Paidós, 1969 y 1972) dan cuenta de esta actitud —propia de un campo en constante transformación— que presenta los trabajos críticos al tiempo como intervención y como documento a través de la datación de los textos. De ese modo, la crítica literaria, al tiempo que señala hacia la literatura, se señala a sí misma como algo que debería ser superado. Así lo reconoce, por lo demás, Héctor Schmucler en su reseña del segundo volumen de Lafforgue al afirmar que «la fecha que, en cada caso, data la entrega de los ensayos [...] señala el estado en que se encontraba una crítica que intentaba romper los esquemas tradicionales» (1972: 17).

29 | Citado en Somoza y Vinelli (2011: p. 14).

para todos los críticos que escribamos después de él, ese camino como abierto al rigor» (Ludmer, 1970: 5). Y Jitrik escribirá dos años después sobre el primer libro de Ludmer presentándolo como un libro que «sintetiza una tendencia e implica un indiscutible progreso en la llamada en conjunto “crítica” que de todos modos desde hace tiempo viene postulando su crisis» (Jitrik, 1972: 14-15). Los textos críticos se insertan, así, en un entramado general en el que son percibidos como intervenciones que se inscriben en un trabajo colectivo sometido a la «crítica de control» (De Diego, 2001: 86) de los pares.

Ese mismo gesto es el que se encuentra en el texto de Rosa que nos ha servido de referencia en relación a Borges. Ahí Rosa se detiene a hablar de cómo Jitrik lee a Borges. El lugar que atribuye al crítico es ambiguo: por un lado, Jitrik sería un representante privilegiado de la vanguardia crítica (habiendo llegado más lejos que la inmensa mayoría de sus contemporáneos); pero, por el otro, y en tanto que representante de esa crítica contemporánea, sus propuestas serían insuficientes. La falla que obliga a ir más allá de su discurso se encontraría en que «del análisis de los significantes parciales de un texto se pasa abruptamente a la significación “social” de ese mismo texto, reubicando prioritariamente el análisis de contenido que se había pretendido descartar», en una lógica en la que «el estrato “inferior” estaría ocupado por el significante y los “superiores” por el significado» (Rosa, 1987b: 269). En el sistema crítico del momento, del que participaba Jitrik, la centralidad del autor se comunicaba al personaje; y la textualidad en general acababa reduciéndose a una manifestación de la conciencia del autor.

En «Estructura y significación de *Ficciones*, de Jorge Luis Borges», incluido en *El fuego del a especie* (1971), Jitrik seguía sosteniendo, en efecto, y como una rémora del pasado, la centralidad del personaje en Borges. Ahora bien, como señala Rosa, «el personaje dentro de ese sistema tan particular que es la escritura borgiana es sólo un índice textual como cualquier otro» (1987b: 265). Esta dificultad histórica de poner en crisis las categorías y prácticas críticas heredadas era puesta de manifiesto por Rosa a través de la figura de Jitrik, mostrado a través de él como representante de la crítica actual, y en 1972, «el problema no resuelto de la ligazón entre el significante “social” (histórico, económico, político, etc.) y el significante “literario”, y que es en última instancia la ligazón del sentido» (269). Lo interesante es que Jitrik —y tomamos este episodio no como un ejemplo de causalidad o de influencia, sino como un caso general que evidencia el circuito de producción teórico-crítica del período— parecerá tomar nota de esas apreciaciones.

En *Producción literaria y producción social* (1975), respondiendo al doble imperativo político y literario, Jitrik reivindica los poderes

políticos de la literatura, planteando esta no como instrumento sino como ámbito específico de producción. En ese nuevo espacio crítico abierto en la segunda mitad de los años sesenta y profundizado durante los setenta, Jitrik renovará su discurso y, aproximándose a un cierto textualismo —a un estructuralismo filtrado por Althusser, Macherey y las nociones de «productividad textual» de Kristeva—, acuñará el concepto de «trabajo crítico». Aquí, lo mismo que en su contribución al volumen colectivo *Literatura y Praxis en América Latina* —que recoge una conferencia de 1973 (Jitrik, 1974)— la perspectiva se ha trocado en netamente materialista. En su prólogo, Jitrik reivindica que «la literatura no es más que uno de los canales por los que circula, con su poder y su turbulencia, la vida social» y reclama «para la Argentina y para América Latina una independencia productiva en todos sus campos», aspirando así a «un autoconocimiento mediante medios propios de conocimiento y reflexión» (Jitrik, 1975: 8). La *especificidad* de la literatura ha quedado ya establecida; y desde ahí se hace posible afirmar que «es desde la literatura que pretendemos, al reconocer en ella una energía verdadera y con sentido, dirigir un discurso que tenga que ver con el discurrir del conjunto social» (11).

A lo largo de este recorrido, podríamos detenernos a estudiar algunos de los hitos de la crítica del momento, como *Cien años de soledad. Una interpretación* (Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1972) o *Onetti. Los procesos de construcción del relato* (Buenos Aires, Sudamericana, 1977) de Josefina Ludmer, o el *Léxico de lingüística y semiología* (Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1978) de Nicolás Rosa. Sin embargo, lo que quería ponerse de manifiesto con estas líneas es, precisamente, la importancia de un trabajo colectivo que, más que en los libros, hoy en día es posible seguir a través de la lectura de las revistas del período. Por ello querríamos ir cerrando este apartado con unas afirmaciones de Jitrik, datadas en 1975, en las que se habla de ese proceso colectivo de transformación de la crítica:

Gracias al esfuerzo de muchos, de a poco, secretamente, sometiendo a la «crítica literaria» a un ataque riguroso, se está produciendo el rescate de una actividad, de una producción que se realiza en el más denso de los materiales con que se maneja el hombre: el lenguaje. Considerada la literatura —y la crítica— como «trabajo», puede empezar a abandonar sin riesgos su ambigua residencia, la del privilegio y la intocabilidad, para empezar a tocarse no solo con el restante trabajo humano sino con lo que el trabajo humano procura y espera, en el campo de la transformación del lenguaje, de sus propias fuerzas. (12)

En este libro, Jitrik presenta el concepto —que, dice, «ya considero adquirido»— de «*Trabajo Crítico*» (13), el cual rompe con la antigua distinción sartreana —propia del marxismo vulgar— entre «acción» y «escritura» (la cual, siendo acción, era degradada al rango de

«acción secundaria»). Ese sería el espacio discursivo que habrá conseguido problematizar la crítica literaria de los años setenta:

Tenemos por un lado los actos (puesto que hablamos de la sociedad), por el otro los textos; ahora, desde la perspectiva de lo que podría obtener el «trabajo crítico», podemos decir que los textos son también actos —y no por la mera razón de que son «productos» producidos— en la medida en que hagan actuar, en que susciten una acción que se pueda emprender con ellos, desde ellos, en ellos. (15-16)

Con ello se apunta el valor político intrínseco de la literatura a través del descubrimiento de la acción productiva de la lectura y la escritura: «La lectura es, por consecuencia, un tema político, y de arrastre, resulta serlo también la escritura y, en general, todo el campo que parecía o bien al margen del movimiento social general o solo vinculado a él porque en los textos lo representaba» (16). Esa crítica de la representación adquirirá diversas modalidades —no siempre homologables entre sí— en los años setenta. No era el objetivo de este escrito analizarlas en sus diferencias, sino señalar el espacio de emergencia en el que surgieron y en el que comunicaban entre sí, haciendo del vínculo entre literatura y política una problemática insoslayable del período.

En esos años, el campo crítico de vanguardia tenderá a configurarse en dos polos extremos —que convivirán durante mucho tiempo en la revista *Los libros*— en función de que privilegien la vanguardia política (como acabará haciendo el grupo de Sarlo y Altamirano en la etapa final de la revista) o la literaria (como harán Germán García y Osvaldo Lamborghini). Ese mapa tendría que completarse, por lo demás, con un tercer polo científico —dominado y sumamente contestado— que encuentra su punto de apoyo en las precarias instituciones académicas argentinas del momento, representado ejemplarmente en su versión más vanguardista por Verón.

3. El cierre de una época de la crítica

Esta situación empezará a cambiar —por obvios motivos políticos, pero también teóricos— a partir de finales de los setenta. El artículo con el que arrancábamos estas reflexiones, que data de 1981, acababa con la presentación de la obra de Sarlo³⁰; y aquí, evidentemente, el orden secuencial indicaba una relación jerárquica en relación a la actualidad. Una vez liquidadas *Líteral* y *Los libros* surgió, promovida por el último núcleo de *Los libros*, la revista *Punto de vista* (1978). Rosa llegó a participar en ella, pero su opción teórica representaba claramente un sector minoritario de la misma y ya no se identificaba con sus planteamientos. El nuevo historicismo sociologista del grupo desplazaba el principal interés textual y psicoanalítico de Rosa³¹, y

NOTAS

30 | «Beatriz Sarlo aparece aquí como representante de una línea que intenta continuar, con el empleo de nuevas categorías, las preocupaciones fundamentales de la crítica sociológica: la diacronía literaria, la historia de la literatura, la transformación de las substancias y las formas literarias y las formaciones ideológicas correspondientes. El empleo correcto de los formalistas rusos (sobre todo los conceptos de “serie” y de “sistema literario”) permite una reubicación del clásico modelo comunicacional (autor-obra-lector), considerado ahora en su régimen de sobredeterminación interna y externa y sustentado en una profundización de cada uno de sus elementos como productores de una formación ideológica particular: una estética» (Rosa, 1987a: 91-92).

31 | Rosa colaboró puntualmente en los primeros números de *Punto de vista*, pero enseguida se distanció de la misma. Una ojeada a sus dos colaboraciones muestra cómo sus propuestas textuales no encajaban en la línea de la revista. En *Punto de vista* pueden leerse sus dos reseñas (Rosa, 1978 y 1979).

marcaba de hecho el cierre de una época.

A finales de los setenta, toda una serie de aportaciones teóricas podían darse ya por adquiridas. Sin renunciar a ellas pero atacando frontalmente al textualismo, la revista proponía una renovación y una vuelta crítica sobre la propia tradición tanto a nivel político como epistemológico. En el sexto número, publicado en 1979, Beatriz Sarlo presentaba una entrevista a Raymond Williams y a Richard Hoggart, y lo hacía volviendo la vista atrás:

Algún día se escribirá esta historia de adopciones y préstamos. Responder a ciertas preguntas: por ejemplo ¿qué consecuencias tuvo Althusser sobre la teoría social e histórica, en los últimos años de la década del sesenta y primeros de la actual, en esta región? ¿por qué el estructuralismo de Barthes, Todorov y Kristeva aspiró a ocupar el campo de la crítica como única forma de la «modernidad» teórica? ¿qué mecanismos reflejan tan directamente el prestigio de la lingüística, en su problemática calidad de «ciencia piloto», sobre las disciplinas sociales? Un capítulo no desdeñable de la historia teórica de los últimos diez años se tramará con las respuestas a estas (y otras) preguntas. (Sarlo, 1979: 9)

Con esas palabras se inauguraba una nueva época de los discursos críticos en Argentina, época en la que la remisión a la historia volvía a desplazarse y a cobrar un nuevo significado. Desde entonces, la influencia francesa —que en aquellos momentos comenzaba a dejar de ser un centro eminente de producción intelectual a nivel mundial—, si bien no iba a desaparecer, comenzaría a ser problematizada; y mientras en Francia se agotaba la vanguardia teórica que habían representado nombres como los de Barthes, Lacan o Tel quel, y en un momento en el que la teoría corría el riesgo de convertirse en un fetiche, algunos de los principales introductores de esos discursos buscaban nuevos horizontes teóricos desde los que seguir pensando.

Las relaciones entre legibilidad e ilegibilidad volvían a estabilizarse y la relación de la literatura con lo social —más que con lo político— volvía a irrumpir, esta vez de otro modo. Frente a la primacía del psicoanálisis y de una lectura que privilegiaba la emergencia de los *restos* textuales, la sociología volvía con una mirada renovada en *Punto de vista*, recordando el carácter documental de la literatura. Así, Sarlo y Altamirano reivindicaban en 1983 «a dos expulsados por la ola crítica de los años sesenta y setenta: el autor y el lector, no como meras funciones textuales, sino también como sujetos sociales cuya actividad es esencial en el proceso literario; y, finalmente, la historia, porque pensamos, con Raymond Williams, que una perspectiva sociológica no puede afirmarse sin afirmar al mismo tiempo la perspectiva histórica» (Altamirano y Sarlo, 1983: 12). Con esa reivindicación se abría un nuevo período de la crítica literaria argentina en el que la hegemonía teórica parisina —en un momento

en el que aquella vanguardia europea ya se había disuelto— iba a convertirse, como no ha dejado de suceder hasta hoy, en *historia*.

Bibliografía

- AA.VV. (1980): *Littérature latino-américaine d'aujourd'hui*, Paris: 10/18.
- AA.VV. (2011): *Literal. Edición facsimilar*, Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- ALTAMIRANO, C. y SARLO, B. (1983): *Literatura / Sociedad*, Buenos Aires: Hachette.
- ALTAMIRANO, C. y SARLO, B. (1981): *Encuesta a la literatura argentina contemporánea*, Capítulo, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- BARTHES, R. (1964) : «Qu'est-ce que la critique ?» (*Times Literary Supplement*, 1963), *Essais critiques* (1964), en *Œuvres complètes II*, Paris: Seuil, 2002.
- BEAUVOIR, S. de (1949) : «Les structures élémentaires de la parenté», *Les temps modernes*, noviembre de 1949, n° 49, 943-949.
- CELLA, S. (1997): «El horizonte» (pp. 9-15), prólogo a Nicolás Rosa, *La lengua del ausente*, Buenos Aires: Biblos.
- CELLA, S. (1999): «Panorama de la crítica» (pp. 33-62), en Noé Jitrik (ed.), *Historia crítica de la literatura argentina*, vol. IX, «La irrupción de la crítica » (dir. Susana Cella), Buenos Aires: Emecé.
- CRESPO, H. (1999): «Poética, política, ruptura» (pp. 423-446), en Noé Jitrik (ed.), *Historia crítica de la literatura argentina*, dir. Noé Jitrik, vol. IX, «La irrupción de la crítica » (dir. Susana Cella), Buenos Aires: Emecé.
- DALMARONI, M. (2004): *La palabra justa. Literatura, crítica y memoria en la Argentina (1960-2002)*, Chile: RIL.
- DE DIEGO, J.L. (2001): *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)*, La Plata: Al Margen.
- FOUCAULT, M. (1966): *Les mots et les choses*, Paris: Gallimard.
- FOUCAULT, M. (1969): *L'archéologie du savoir*, Paris: Gallimard.
- GIORDANO, A. (1999): «La supersticiosa ética del lector. Notas para comenzar una polémica», *Razones de la crítica. Sobre literatura, ética y política*, Buenos Aires: Colihue.
- HIDALGO NÁCHER, M. (2015): «Usos críticos de Borges en el campo intelectual francés (de Blanchot a Foucault) », *Una profunda necesidad en la ficción contemporánea: la recepción de Borges en la república mundial de las letras*, Iberoamericana/Vervuert [en prensa].
- JITRIK, N. (1962): *Procedimiento y mensaje en la novela*, Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- JITRIK, N. (1971): «Estructura y significado en *Ficciones* de Jorge Luis Borges», *Actual Investigación*, n° 3-4 (septiembre-abril 1968-1969), Venezuela: Universidad de los Andes, 57-61; vuelto a publicar en Noé Jitrik, *El fuego de la especie*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- JITRIK, N. (1972): «Una nueva etapa en el trabajo crítico: *Cien años de soledad*, una interpretación de Josefina Ludmer», *Los libros*, n° 28, septiembre de 1972.
- JITRIK, N. (1974): «Producción literaria y producción social», en AA.VV., *Literatura y Praxis en América Latina*, Caracas: Monte Ávila.
- JITRIK, N. (1975): *Producción literaria y producción social*, Buenos Aires: Sudamericana.
- LEFORT, C. (1951): «L'échange et la lutte des hommes», *Les temps modernes*, n° 64, 1400-1417.
- LÉVI-STRAUSS, C. (1960): «La noción de estructura en antropología», *Cuaderno n° 19 del Boletín del Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires*.
- LÉVI-STRAUSS, C. (1963): «Réponses à quelques questions», *Esprit*, n° 322, noviembre de 1963.
- LINK, D. (1994): «Historia de una pasión argentina. La crítica literaria (1955-1966)» (pp. 7-33), *Cuadernos hispanoamericanos*, n° 527 (mayo 1994).
- LUDMER, J. (1972): «La literatura abierta al rigor», *Los libros*, n° 9, julio de 1970
- MASOTTA, O. (1965): *Literatura y Sociedad*, año I, n° 1, octubre-diciembre de 1965.
- MASOTTA, O. (2010): «Roberto Arlt, yo mismo», *Conciencia y estructura*, Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- MILNER, J.-C. (2008): *Le périple structural. Figures et paradigme*, Paris: Verdier.
- PANESI, J. (1985): «La crítica argentina y el discurso de la dependencia» (pp. 171-195), *Filología* («Homenaje a Pedro Henríquez Ureña»), Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas «Dr. Amado Alonso», año XX.

- PARDO, J. L. (2001): *Estructuralismo y ciencias humanas*, Madrid: Akal.
- PRIETO, A. (1989): «Estructuralismo y después» (pp. 22-25), *Punto de vista*, nº 34 (julio-septiembre de 1989), año XII.
- PRIETO, A. (1999): *Borges y la nueva generación*, Buenos Aires: Letras Universitarias, 1954, citado de Martín Lafforgue (comp.), *Antiborges*, Buenos Aires: Ediciones B.
- RETAMOSO, R. (2007): «Kristeva, más de treinta años después», *II Congreso Internacional y VII Nacional de la Asociación Argentina de Semiótica*, 7 al 10 de noviembre de 2007, Rosario: Centro Cultural Bernardino Rivadavia.
- RICŒUR, P. (1963): «Structure et herméneutique» (pp. 596-627), *Esprit*, nº 322 (noviembre de 1963).
- ROMANO, E. (1972): «El fuego de la especie de Noé Jitrik», *Los libros*, nº 28, septiembre de 1972.
- ROSA, N. (1978): «Los combates de la semiología» (pp. 16-18) (reseña de Luis Prieto, *Estudios de lingüística y semiología generales*, México, Nueva Imagen, 1977), en *Punto de vista* (año 1, nº 3), 1978, p. 17.
- ROSA, N. (1979): «Traducir a Freud: ¿domesticar a Freud?» (pp. 22-24), en *Punto de vista* (año 2, nº 5), marzo de 1979, p. 24.
- ROSA, N. (1987a): «La crítica literaria argentina actual. Convergencias / divergencias», *Los fulgores del simulacro*, Santa Fe: Cuadernos de Extensión Universitaria.
- ROSA, N. (1987b): «Borges y la crítica» (1972), *Los fulgores del simulacro*, Santa Fe: Cuadernos de Extensión Universitaria.
- ROSA, N. (1987c): «Estos textos, estos restos» (1986), *Los fulgores del simulacro*, Santa Fe: Cuadernos de Extensión Universitaria.
- ROSA, N. (1992a): «La condición», *Artefacto*, Rosario: Beatriz Viterbo.
- ROSA, N. (1992b): «De fundamento», *Artefacto*, Rosario: Beatriz Viterbo.
- ROSA, N. (2003b): «Sur o el espíritu y la letra», en *La letra argentina (crítica 1970-2002)*, Buenos Aires: Santiago Arcos.
- ROSA, N. (2003b): «Viñas: las transformaciones de una crítica» (1971), en *La letra argentina (crítica 1970-2002)*, Buenos Aires: Santiago Arcos.
- SARLO, B. (1979): «Raymond Williams y Richard Hoggart: sobre cultura y sociedad», *Punto de vista*, año nº 6, julio de 1979.
- SARTRE, J.-P. (1948): «Qu'est-ce qu'écrire?», en *Qu'est-ce que la littérature?*, Paris: Gallimard.
- SARTRE, J.-P. (1948): *Qu'est-ce que la littérature*, Paris, Gallimard.
- SARTRE, J.-P. (1962): *Les mots*, Barcelona: Gallimard, 2009 (1962).
- SARTRE, J.-P. (1976): « Justice et état » (25 de febrero de 1972), en *Situations X. Politique et autobiographie*, Paris: Gallimard.
- SAZBÓN, J. (1969): «Marx y Sartre» (pp. 13-14), *Los libros*, septiembre de 1969, nº 3.
- SCHMUCLER, H. (1972), «La búsqueda de la significación literaria», *Los libros*, nº 28, septiembre de 1972.
- SOMOZA, P. y VINELLI, E. (2011): «Para una historia de *Los libros*» (pp. 9-19), *Revista Los libros. Edición facsimilar. Tomo I (1969-1970)*, Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- STEIMBERG, O. (1999): «Una modernización "sui generis". Massota/Verón (una escena polémica entre psicoanálisis y semiótica)», *Historia crítica de la literatura argentina*, dir. Noé Jitrik, vol. IX, «La irrupción de la crítica» (dir. Susana Cella), Buenos Aires: Emecé.
- TERÁN, O. (1991): *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina (1956-1966)*, Buenos Aires: Puntosur.
- TUSET, V. (2010): «La primera recepción del estructuralismo literario: España, Argentina, México. Apuntes para una investigación», *IX Congreso Argentino de Hispanistas, «El hispanismo ante el Bicentenario»*, La Plata, 27-30 de abril de 2010.
- TUSET, V. (2012): «La crítica literaria frente al estructuralismo: ecos locales de un debate internacional», *VII Jornadas de Sociología de la Universidad de La Plata, «Argentina en el escenario latinoamericano actual: debates desde las ciencias sociales»*, La Plata, 5-7 de diciembre de 2012 (sin paginar).

TUSET, V. (2013): «El lenguaje y la Estilística hispánica. Notas para un estudio de su influjo en la Argentina de los años 50», *III Congreso Internacional Cuestiones Críticas*, Rosario, Abril de 2013 (en línea: http://celarg.org/int/arch_publici/tuset_mayoral_vicentecc.pdf).

VERÓN, E. (1974): «Acerca de la producción social del conocimiento: el “estructuralismo” y la semiología en Argentina y Chile» (pp. 96-125) (1973), *LENGUAjes. Revista de lingüística y semiología*, nº 1 (abril de 1974), Publicación de la Asociación Argentina de Semiótica.

VOLEK, E. (ed.) (1992): *Antología del formalismo ruso y el grupo de Bajtin. Polémica, historia y teoría literaria*, Madrid: Fundamentos.